

xata, que entregó á las llamas. A costa de muchas fatigas pasó del valle de Araxes al del Tigris, donde se apoderó también de Tigranocertes.

De este modo había atravesado dos veces casi toda la Armenia y parecía ya domado este reino. Envióse de Roma para gobernarlo al nieto de un antiguo rey de Capadocia, de nombre Tigranes, á quien dió Corbulón algunas tropas. Para hacer más fácil su administración, dice Tácito, tuvo cuidado de dar á los reyes aliados de la Iberia, del Ponto, de la Armenia Menor y de la Comágene, los distritos armenios vecinos á sus Estados (60).

Pero apenas salido de las molicias de Roma, quiso Tigranes erguirse á guisa de conquistador y se atrevió á pro-



Tiridates, rey de Armenia (1)

vocar á los partos invadiendo la Adiabena. A la nueva de este ultraje, abandonó Vologeso la guerra de Hircania, impelido por los grandes de su imperio y preparó un armamento formidable. Corbulón mismo se alarmó ante aquel arranque nacional y propuso que otro general defendiera la Armenia, mientras él sostendría en el Eufrates el principal esfuerzo de los bárbaros.

Esta división de fuerzas trajo algunos reveses: Corbulón por su parte impidió que los partos invadieran la Siria, pero Cesenio Peto, que mandaba en Armenia, se dejó vencer y encerrar en su campamento con los restos de dos legiones, y muy luego, farto de valor y de paciencia, trató con Vologeso, prometió evacuar la Armenia y condujo á Capadocia sus humillados estandartes (62). Esta derrota realizó la gloria de Corbulón, y después de un consejo ce-

(1) Museo del Louvre, núm. 446.

lebrado con los principales senadores lo invistió Nerón de poderes casi tan amplios como los que tuvo Pompeyo en la guerra contra Mitridates.

Ni Augusto ni Tiberio confiaban estos grandes mandos sino á príncipes de su casa; pero la casa de Nerón estaba desierta, pues nadie quedaba ya de la familia Julia, y preciso era recurrir á un soldado advenedizo que muy pronto vendrá á ser sospechoso. Corbulón no tuvo necesidad de combatir siquiera. Vologeso le pidió la paz en los mismos lugares que habían sido teatro de su reciente triunfo; y olvidando el romano á Tigranes, su antiguo protegido, prometió reconocer á Tiridates, si el hermano del rey de los partos deponía ante las legiones su diadema y pasaba luego á Roma á recibir de manos de Nerón la corona de Armenia.

El imperio pues conservaba sus ventajas: la Armenia continuaba siendo un Estado feudatario, como lo habían querido Augusto y Tiberio, y como lo exigía siempre la seguridad de las provincias asiáticas. La guerra pártica tenía pésima fama: desde Craso y Antonio había dado algunas inquietudes. Por eso, el triunfo de Corbulón causó general alegría y las medallas de aquel año llevan la imagen de un altar de la Paz.

Para esta guerra, se habían podido llamar sin ningún riesgo tropas de la Panonia y de las orillas del Rin, puesto que á todo lo largo de esta frontera reinaba completa paz, que ni una vez se turbó, durante aquel principado. Plaucio Eliano, el primer conquistador de la Bretaña, en tiempo de Claudio, mandaba á la sazón en la Mesia: este general, aun privado de buena parte de sus tropas, que Corbulón había llamado á sí, no hizo respetar menos en el Danubio el nombre romano. Trató con los bastarnes y los roxolanos, obligó á muchos reyes, hasta á los desconocidos de los romanos, á ir á su campamento á adorar las águilas de sus legiones y las imágenes del emperador; igualmente obligó, bien lejos de la Mesia, á los escitas á levantar el cerco de una ciudad situada más allá del Boristenes, y enseñó á los oficiales romanos á sacar una gran cantidad de trigo de aquel país, donde la naturaleza ha depositado tan liberalmente los elementos de una fecundidad inagotable. La orilla derecha del Danubio estaba despoblada y él trasladó allí cien mil bárbaros, teniendo buen cuidado de dispersarlos en villajos, donde mezclados con los colonos romanos, se habituaron á las artes de la paz.

Con esto, la prosperidad de aquellas regiones, en otro tiempo desiertas, fué rápida: en cosa de siglo y medio toda la fuerza del imperio parecerá haberse refugiado allí.

En el valle medio del Danubio, los suevos de la Moravia permanecieron pacíficos, y los marcomanos no se habían repuesto aún de sus desastres. Más arriba, la obra de la colonización adelantaba en las tierras *decumatas*, que cubrían las fuentes del gran río y la Helvecia.

Así las legiones de la Germania superior no veían enemigos á quienes combatir, y las del Rin inferior, apenas de tarde en tarde tenían una alarma. Un día quisieron establecerse los frisones en tierras baldías y desiertas, y bastaron algunos jinetes auxiliares para aventarlos de allí. Sus diputados habían, sin embargo, pasado á Roma á solicitar esta concesión, y conducidos al teatro vieron en los bancos de los senadores ciertos personajes extranjeros. Son, les dijeron, enviados de naciones bravas y fieles, á los cuales les concede el príncipe este honor. «No los hay más bravos ni fieles que los germanos,» contestaron los frisones. Y fueron, con aplauso del pueblo, á tomar asiento á los mismos bancos de preferencia.

A pesar de estas y otras protestas de fidelidad, les fué negada su pretensión. Poco después, solicitaron á su vez los ansibarios, expulsados por los caucos, un establecimiento á orillas del Rin. Era jefe de ellos un antiguo guerrero que había servido á las órdenes de Tiberio y de Germánico «y venía á coronar una amistad de cincuenta años poniendo su nación bajo el poder de Roma.» Como á los frisones, se les contestó agríamente que se retiraran, y á la noticia de que iban á firmar alianza con las tribus vecinas, las legiones tomaron las armas para ir contra ellos, y con esto sólo todo se aquietó.

Los ansibarios, ya solos, hubieron de retroceder, y mendigaron en todas partes un auxilio, que en todas partes se les negó, como si la cólera de Roma los siguiera al fondo de la Germania. Y errantes y miserables anduvieron mucho tiempo entre los usipetes y tubantes, los catos y queruscos marcando su camino con los huesos de sus guerreros, de tal modo que muy luego parecía haberse extinguido aquella gran tribu: Tácito la creía exterminada. Pero más tarde aparecerá de nuevo, y con el espantable nombre de *francos*, los mismos ansibarios entrarán como vencedores en el mundo romano, donde antes se presentaron en son de súplica.

Rechazar á los germanos de la orilla izquierda del Rin era consejo de prudencia y buena política, pero á condición de no dejar un desierto entre la Galia y los bárbaros. Prohibiéndose las conquistas pacíficas, se impedía la irradiación de la cultura romana, que hubiera despertado en la orilla derecha del río la industria, el comercio y la vida social, barrera más segura que las soledades, adonde acudirán los más bravos de los bárbaros en cuanto vean temblar en la mano del imperio la espada de César, de Druso, de Germánico y de Tiberio. Pero Augusto había dicho: no más guerras con los germanos. Y se prefería alentar sus disensiones y desde lo alto de las trincheras del Rin y del Danubio contemplar impasibles sus luchas intestinas, como en el anfiteatro los combates de gladiadores. «Este verano (58), dice Tácito, los hermunduros y los catos se dieron una gran batalla, siendo derrotados estos últimos. Los dos partidos habían consagrado á Marte y á Mercurio el ejército que fuera vencido. Según este voto, hombres, caballos, todo lo que pertenecía á los catos hubo de quedar exterminado. De este modo, los bárbaros volvían contra sí mismos su furor.»

Y en otro lugar añade:

«Los brúcteros fueron expulsados y destruidos por una liga de naciones vecinas que sublevaron contra ellos el odio de su orgullo, el incentivo del botín y acaso un favor particular de los dioses para con nosotros. El cielo no nos negó siquiera el espectáculo del combate. Sesenta mil bárbaros cayeron, no bajo el hierro de los romanos, sino lo que es más admirable, á su vista y para su solaz. ¡Pluguiera á los dioses que las naciones desafectas á Roma perseveraran en ese odio de sí mismas, puesto que la fortuna no tiene ya que ofrecernos más que las desgracias de nuestros enemigos!»

Con esta política de paz, no quedaba á los generales otro medio de llamar sobre sí la atención del emperador que ocupar á sus soldados en trabajos útiles. Corbulón les había dado ejemplo bajo el reinado de Claudio: dos legados de Nerón acometieron la empresa, el uno de acabar el dique comenzado sesenta y tres años antes por Druso para contener el Rin, y el otro de cortar la altura de Longres para poner en comunicación el Mosela y el Saona. Esta última operación hubo de fracasar por los celos del gobernador de la Bélgica, y en mil ochocientos años, nadie se

ha atrevido á realizar la audaz concepción del general romano (1).

En la Bretaña, el límite de las posesiones romanas estaba mal determinado: ni el Norte ni el Oeste estaban sometidos. Bajo el mando de Didio Galo y de Veranio su sucesor, había habido continuos rozamientos, y para acabar con estas turbaciones, Suetonio Paulino, el rival de gloria de Corbulón, se decidió á pasar las montañas del Oeste y á poner la mano en el santuario de la religión druidica, la isla de Mona (Anglesey), donde residía el alto colegio de los sacerdotes y de donde partían las exhortaciones, los consejos y los planes de sublevación.

La isla está separada de la Bretaña por un estrecho canal, y los soldados vacilaron un momento viendo en la orilla opuesta una tropa numerosa, por entre la cual corrían las mujeres como pintan á las furias en un aparato fúnebre, con la cabeza desgredada y agitando antorchas encendidas. Al rededor estaban los druidas, los cuales, con las manos levantadas al cielo, pronunciaban horribles imprecaciones.

Con todo eso, se decidió muy pronto la acción: la segur del legionario franqueó sus cerrados bosques y derribó sus groseros altares, donde buscaban la voluntad de Heso y de Taranis en las entrañas de las víctimas humanas. Este fué el último combate de los druidas.

Al mismo tiempo estallaba una sublevación á espaldas del ejército. El rey de los icenos había legado á Nerón la mitad de sus bienes; no por eso fueron menos onerosos los impuestos repartidos en el pueblo al que se impelía á la vez á grandes gastos, suministrando fondos para ello los banqueros de Roma á ruinosos intereses: por cierto que uno de estos implacables usureros, según testimonio de Dion, era Séneca. El rey de los icenos había creído asegurar con esta largueza una salvaguardia á su familia; pero Boadicea, su mujer, y sus dos hijas fueron víctimas de las más brutales violencias. En ausencia de Suetonio, los centuriones y los veteranos de Camulodunum (Colchester) cometían mil excesos, expulsaban á los bretones de sus casas y de sus campos y los trataban más bien como cautivos que como súbditos.

Estos desafueros no se extendían más allá del territorio de la nueva colonia; pero el procurador Deciano estrujaba toda la provincia, y fuera de esto había caído sobre ella una nube de italianos y provinciales que explotaban la reciente conquista, sobre todo, sus minas de plomo y estaño, cuyos productos pasaban á la Galia. Más de cien mil extranjeros estaban ya establecidos en la Bretaña: tan pronto se extendía la civilización romana en los países que le abrían las armas. *Londinium*, á orillas del Támesis, era ya el depósito de un gran comercio; *Verulamium* apenas le cedía en opulencia; y otras ciudades se levantaban también con las instituciones y las costumbres de Italia: *Camulodunum* tenía el templo y el sacerdocio del *divino Claudio*. ¡Y aun no hacía diez y ocho años que las legiones habían entrado en la isla!

Esta invasión en plena paz, estas costumbres extranjeras, esta toma de posesión de la Bretaña por una nueva sociedad, más bien que las exacciones de los procuradores y la rapacidad de los usureros (2), sublevaron á las tribus orientales. Boadicea se puso á su cabeza: Camulodunum fué tomada é incendiada y casi exterminada una legión; Lon-

(1) Tácito, *Ann.* XIII, 53. — El canal de comunicación entre el Mosela y el Saona se está terminando actualmente.

(2) Según Dion, la causa de este alzamiento fué una reclamación de diez millones de denarios hecha por Séneca y el reembolso de un préstamo consentido por Claudio.



dres y Verulam fueron destruídas y degollados ó crucificados sus habitantes, hombres, mujeres y niños. Según cálculos, perecieron ochenta mil aliados ó ciudadanos.

Habiendo acudido Suetonio á la isla de Mona, no pudo reunir más que diez mil hombres. Ofreció, sin embargo, la batalla al inmenso ejército de los bárbaros, cuyas filas recorría Boadicea en su carro con sus dos hijas conjurándoles que vengaran su honor y su libertad. «Si es preciso morir hoy, les decía, muramos: yo os daré ejemplo de valor.»

La batalla fué lo que debía ser con un general y unos soldados como los que defendían la causa de Roma aquel día. Quedaron en el campo de batalla hasta ochenta mil bárbaros, entre hombres y mujeres, porque llevaron á sus



Popea (Museo del Louvre)

mujeres para que presenciaran su triunfo; Boadicea cumplió su palabra; se envenenó; y la provincia volvió á caer de este solo golpe bajo el yugo de los romanos (61).

Pero Suetonio perdió allí su mando. Denunciado á Roma por el procurador imperial, á causa de su severidad, vió llegar á un liberto de Nerón que sometió su conducta á una información, y el glorioso general, vencido por un esclavo, fué destituido (61).

Las legiones romanas mantenían pues su antiguo renombre así en Occidente como en Oriente, y gracias á su valor, aun se podía creer que el imperio estaba bajo la enérgica y prudente dirección de sus primeros caudillos. Pero esta habilidad, esta moderación del gobierno imperial dependía de dos hombres, de Burro y de Séneca: el primero murió el 62, no sin algunas sospechas de envenenamiento. Nerón le dió por sucesor, como prefecto del pretorio, al impuro Sofonio Tigelino. Disgustado en su aislamiento, quiso Séneca abandonar la corte entregando sus inmensas riquezas al príncipe, que lo reconvino por lo que le parecía desafecto y lo retuvo á su lado; pero el filósofo, bien que conservara sus bienes, despidió á sus cortesanos, cerró su casa y

con pretexto de estudios vivió lejos de los negocios públicos.

Era demasiado pronto ó demasiado tarde; más bien esto último. Muerto Burro y alejado Séneca, se desbordó la tiranía, que si ya se había mostrado por golpes terribles, á lo menos no había oprimido, sino á largos intervalos; pero ahora que quedaron dueños de la corte Tigelino y Popea, vendrán otra vez las extravagancias y crueldades de Calígula. No es que hubiera cambiado Nerón; contenido por unos y excitado por otros, los primeros excesos arrastraron otros mayores.

Tigelino fué nombrado prefecto del pretorio con Fenio Rufo; esta división de facultades no le daba más que la mitad del poder de Burro y por tenerlo íntegro hubo de halagar los caprichos y los odios del príncipe. Hízole creer que Sila, relegado en Marsella, y Plauto en Asia, proyectaban sublevar los ejércitos del Rin y del Eufrates; y Nerón envió á buscar sus cabezas: el uno murió estando tranquilamente á la mesa y el otro en medio de sus habituales ejercicios de gimnástica.

Para sellar su alianza con la concubina Popea, indujo el favorito á Nerón á repudiar á Octavia, suponiéndole comercio adulterino con un esclavo egipcio. Sus libertas fueron sometidas á cuestión de tormento, y algunas cedieron á la violencia de la prueba; pero otras, las más, la resistieron heroicamente y una de ellas rechazó las suposiciones calumniosas de Tigelino con una sangrienta y merecida injuria (1).

Sin embargo, se decretó el divorcio y fué Octavia expulsada del palacio, luego de Roma, y relegada al fin á Campania bajo una guardia de soldados. El pueblo que veía con la mayor indiferencia los destinos del imperio y la vida ó la muerte de los magnates, y sobre todo, las mujeres que más bien se indignan de una injusticia conyugal que de un crimen de Estado, amaban á la hija de Claudio, que había visto sacrificados á su padre, á su madre, á su hermano, y á quien expulsaba del trono y de su tálamo y de su propia casa, á la edad de veinte años, una mujer ambiciosa, sin conciencia ni honor; y cuando la noticia cundió estallaron enojos y murmuraciones, no en secreto, como entre los consulares, sino en alta y amenazadora voz, porque el pueblo podía gritar más, teniendo que perder menos.

Nerón era cobarde, y temeroso ante la actitud del pueblo, volvió á llamar á Octavia. Luego al punto corrió la alegre multitud al Capitolio á dar gracias á los dioses; derribó las estatuas de Popea, cubrió de flores las de Octavia, y haciendo por la primera vez desde mucho tiempo atrás, una manifestación ruidosa en nombre de la moral ultrajada, penetró en el mismo palacio imperial con voces y palabras despectivas para la intrusa y torpe emperatriz; pero aparecieron algunos soldados armados de látigos y aquella muchedumbre de esclavos se desbandó cobardemente. La venganza de Popea fué terrible.

La información hecha entre los esclavos de Octavia no había convencido á nadie, y fué preciso combinar una maquinación más infame. Aniceto, aquel prefecto de la flota que había asesinado á Agripina, era un personaje dispuesto á todo, y se le mandó llamar. Él desembarazará al emperador de su esposa, como lo desembarazó de su madre, cuanto más que esta vez no necesita el puñal ni ningún medio violento; con declararse simplemente cómplice de los adulterios de Octavia y dejarse conducir á un agradable destierro, lo tiene todo hecho. Si acepta, recibirá secretamente grandes riquezas; si rehusa, la muerte y en paz.

(1) *Castiora esse muliebria Octavia quam os ejus* (Tácito, *Ann.* XIV, 60-4).

Aniceto ni vaciló siquiera: se preció en alta voz de haber violado el tálamo imperial, y pasó á Cerdeña á gozar una opulenta infamia.

Entonces Nerón, que echaba en cara su esterilidad á Octavia, la acusó en un edicto público de haber provocado abortos para ocultar sus desórdenes y de intrigar con Aniceto para sublevar la flota de Miseno: con esto la relegó á la isla de Pandataria, adonde muy luego la alcanzó el decreto de muerte. La desgraciada princesa no tenía el temple estoico que exigían aquellos tiempos, y no quería morir. Pero ni sus quejas ni sus lágrimas fueron parte á ablandar el duro corazón de los centuriones encargados de ejecutar el crimen: ligáronle los miembros, le abrieron las venas, y como su sangre helada por el terror corría con mucha lentitud, la metieron en un baño hirviendo, que la ahogó.

Después le cortaron la cabeza y la llevaron á Roma para entregársela á Popea. Era el uso: en el palacio, se cuidaba mucho de verificar las órdenes de muerte y no se descuidaba la impiedad de ultrajar los lívidos despojos. Los sultanes también han guarnecido las puertas del serrallo con trofeos siniestros; pero á lo menos no ultrajaron la muerte.

Todavía hubo hombres casi tan culpables como los tres cómplices de esta infame tragedia: los senadores hubieron de decretar que se hicieran ofrendas públicas en los templos para dar gracias á los dioses de haber salvado al emperador de las tramas de Octavia. En aquel tiempo el senado de Roma valía mucho menos que el populacho.

Siguieron otros asesinatos entre los libertos: Popea quería renovar el palacio imperial: Doriforo murió á veneno por haberse opuesto á su matrimonio; Palas porque hacía esperar demasiado sus inmensas riquezas; el mismo Séneca tuvo que defenderse de una acusación. Una hija que Popea dió al emperador aumentó sus influencias, y para celebrar tan fausto acontecimiento, el senado consagró templos y fiestas religiosas; pero no bien hubo cesado el ruido de los regocijos, cuando murió la niña. Nerón manifestó tanta pena cuanta había sido su alegría, y los Padres conscriptos lo consolaron haciendo de su hija una diosa.

En aquel espíritu, tan ligero como violento, ninguna impresión duraba mucho tiempo. Placeres indignos, desórdenes vergonzosos, sucedieron á las lágrimas, y volviendo á su pasión por el teatro fué á Nápoles á hacer oír al pueblo aquella *vos divina* que sólo había encantado aun á los cortesanos. La prueba no hubo de satisfacerlo, por cuanto trató de pasar á la Acaya á que lo oyeran los griegos «porque solamente los griegos sabían escuchar.» Sin embargo, tuvo buen cuidado de disciplinar á su auditorio. Jóvenes caballeros con un público de cinco mil plebeyos, divididos en cohortes y ejercitados en el arte de aplaudir como y cuando convenía, lo seguían á todas partes. Se les conocía con el nombre de Augustianos (*Augustiani*) y sus jefes tenían cuarenta mil sestercios de sueldo (1).

Pero el populacho de Roma que temía por su subsistencia, si el príncipe se alejaba, hubo de retenerlo: el jefe del imperio era para él, ante todo y sobre todo, el administrador de víveres. Mal impresionado también por un adverso presagio, no pasó adelante el príncipe y probó á su manera su gratitud á una popularidad cuyos motivos juzgaba mal. En Roma mismo se presentó en el teatro y cantó ante todo el pueblo. Para prevenir esta mengua quiso el senado concederle previamente el premio del canto; pero Nerón no lo consintió. «No necesito, dijo, la intervención ni la autorización del senado; quiero la igualdad con mis rivales y coronas que sólo se deban á la equidad de los jueces.»

(1) Tácito, *Ann.* XIV, 15; Suetonio, *Nero*, 25; Dion, LXI, 20.

En efecto, Nerón se sujetó á todas las leyes prescritas á los músicos: á no sentarse, á no escupir, á no sonarse, á no enjugarse el sudor sino con la toga, y después del canto, á hincar la rodilla en tierra, á tender humildemente la mano al público, á solicitar respetuosa y tímidamente la sentencia de los jueces.

Pero no había que confiar demasiado en aquella humilde actitud porque la ley de lesa majestad, y los delatores y los soldados dispersos en las gradas velaban por la inviolabilidad del vanidoso artista. Entonces había un nuevo crimen: aplaudir mal ó estar indiferente: Vespasiano corrió riesgo de la vida por haberse adormecido un momento en una de estas representaciones que duraban días enteros.

Otras veces hacía de las plazas públicas de Roma salas de orgía y libertinaje. No me atrevo á repetir, aun refiriéndome al grave Tácito, la narración de aquella fiesta dada por Tigelino en el estanque de Agripa, rodeado de casas en que las más ilustres matronas competían en cinismo con impuras cortesanas que corrían desnudas en la orilla opuesta: danzas obscenas, cantos lascivos, orgías monstruosas, y, última abominación, el emperador tomando por esposa á un libertino infame, en presencia de los artífices, con el velo nupcial y las antorchas del himeneo. Si se cree que esta vez exagera Tácito, interróguese á Petronio; pero á Petronio se lee, no se cita. Hay pues que renunciar á describir aquella loca sociedad de los herederos de Catón y de Bruto, embriagada de paz, de riqueza y felicidad; olvidada del pasado, que no podía comprender, negligente del porvenir, que no quería sondear, porque creía en un poder fatal que lo arrastraba todo irresistiblemente; tanto más ansiosa de gozar para invertir, para gastar en irritantes desórdenes el momento presente, único de que no dudaba. Formados de lodo y sangre, como se había dicho de Tiberio, aquellos hombres jugaban con la vida, la vergüenza y la muerte, vertían el veneno, coronados de flores, ó herían con la espada entre dos placeres; dando ó recibiendo el golpe fatal, sin remordimiento, casi sin pesar, como al final de una orgía rompen las copas los comensales fatigados y caen.

### III. — INCENDIO DE ROMA. LOS CRISTIANOS.

Dichosamente para el mundo, por debajo de aquellos palacios en que habitaba la cínica lujuria, bajo aquella Roma que llama el Apóstol «la gran prostituta que ha corrompido á los reyes de la tierra y embriagado á las naciones con el vino de su impureza», se formaba en las sombras un pueblo nuevo, cuyas creencias y costumbres estaban en contradicción absoluta con las prácticas romanas, puesto que sustituía los goces del cuerpo con las maceraciones, las preocupaciones de la tierra con el amor del cielo, el culto de la vida con el culto de la muerte. Nunca se habían encontrado doctrinas tan opuestas; era inevitable una guerra á muerte, debiendo una de estas dos sociedades matar á la otra. Como era preciso, el representante más depravado de la sensualidad pagana fué el primero que dió el combate.

A mediados del año 64, un incendio que duró nueve días devoró diez de los catorce cuarteles de Roma. Fué el más pavoroso desastre que hubiera sufrido la ciudad desde la invasión de los galos (2); y todavía los bárbaros no quemaron más que un conjunto de cabañas ó sucias casas y algunos pobres templos. ¡Cuántas obras maestras de la Grecia,

(2) El incendio estalló en la noche del 18 al 19 de julio, aniversario de la toma de la ciudad por los galos, y duró seis días y siete noches, volviendo á enardecerse por espacio de tres días más.